

Eminentísimo Señor Cardenal de Samalia Prefecto.—
T. T. Cardenal Taleacoppa.—† En lugar del Sello.
—Ad calcem.—S. G. Tolasi, Secretario de la S. C. de R.»

V

MILAGROS

Vamos á cumplir la promesa de relatar algunos milagros obrados por la Virgen Santísima de Chiquinquirá, que confirman la verdad de su renovación y que encienden en las almas purísimos afectos á tan bondadosa Madre. La mayor parte de ellos están consignados en las informaciones jurídicas citadas y sirvieron en Roma para que la Santa Sede aprobara el culto y concediera oficio propio. Los tomamos de unos interesantes artículos del R. P. Salvador Ruiz, publicados en la revista *La Rosa del cielo* que se edita en Chiquinquirá por los sabios hijos de Santo Domingo de Guzmán.

La que hizo el primer voto á la Virgen de Chiquinquirá fué una pobre viuda, llamada Beatriz Sánchez, vecina de Vélez, que hacía 17 años padecía de un flujo de sangre y de una violenta hemorragia por las narices, que á lo más por quince días llegaba á estancarse, y luego le volvía con visible aumento. Casi siempre tenía que estar en la cama triste y afligida, sin esperanza ya de curación alguna; porque, aunque le habían aplicado muchas medicinas, con ninguna lograba reponerse; antes bien, durante dos años y ocho meses se agravó el mal de tal manera, que nunca hallaba descanso. Estando en estas penalidades, llegó á Vélez la noticia de la milagrosa renovación de Nuestra Señora de Chiquinquirá. Beatriz, creyendo sin vacilación en el poder de María, puso en ella toda su confianza, teniendo cierto presentimiento de que, si iba personal-

mente á visitarla, se curaría. Comunicó su pensamiento á otros. Éstos, aunque creían, se lo estorbaban; sus parientes, el médico y el Cura juzgaban que, dado el delicadísimo estado de su salud, al trasportarla se quedaría muerta en el camino. Mas su fe no desfallecía un momento, prometió ir, insistió, é hizo voto de llevarle un frontal de tafetán azul para el altar y catorce libras de cera blanca. Ésta fué la primera ofrenda que se hizo en este Santuario. Como su fe y su constancia venciesen las dificultades y reparos de sus deudos, hizose conducir en hombros dentro de una hamaca para Chiquinquirá. Considérese cuál sería el sufrimiento por la incomodidad del vehiculo, á esa distancia y por aquellos caminos. No obstante llegó; presentó su ofrenda, y empezó la Novena de Nuestra Señora. Al cabo de tres días se le estancó la sangre y se sintió con salud; de manera que al terminar la novena, estaba completamente sana, teniendo el consuelo de volverse á su casa á caballo llena de agradecimiento y pregonando en todas partes el favor singular que de la Santísima Virgen acababa de recibir.—El caso sucedió el año de 1587.

«Catalina Gordillo, dice el P. Buendía, mujer de Alonso Hidalgo, vecino de esta villa de Leiva, padecía continuo dolor de cabeza y otros achaques que suelen padecer las mujeres: vivía muy afligida sin hallar remedio á su enfermedad; hizo promesa de ir á visitar á Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá en su propia casa y hacerle unas novenas, pidiéndola con ansias la salud; al punto comenzó á tener alivio del dolor de cabeza; y hallándose con aliento para ponerse en camino, fué á Chiquinquirá, donde, habiendo cumplido su promesa, alcanzó perfecta salud; por lo cual dió gracias á Dios y á su Santísima Madre, que se la había alcanzado.—Sucedió el año de 1587.»

Alonso Ruiz Jurado, vecino de la ciudad de Quito, estando el año de 1587 en la ciudad de Tunja tullido de pies y manos, tan impedido que apenas podía moverse, oyendo referir los milagros que hacía la imagen de Chiquinquirá, tuvo mucha confianza y fe de que, si iba á visitarla, por su intercesión alcanzaría la salud. En efecto, hizose trasladar en una hamaca; y habiendo llegado á Chiquinquirá, empezó con lágrimas copiosas á rogarle á la Santísima Virgen que le alcanzara la salud. Jamás, dice San Bernardo, se ha oído decir que María haya abandonado á ninguno de cuantos han recurrido á su protección. Alonso le hizo un novenario; y desde el primer día pudo levantarse y andar con dos muletas. Una semana después, vispera de la Natividad de Nuestra Señora, á la vista de todo el concurso que había en la Iglesia, se halló bueno y sano, de manera que, no necesitando ya las muletas para andar, mandó que las colgaran en la Capilla; y como si jamás hubiese tenido contracción en los nervios, comenzó á andar por la Iglesia. Rebosando su corazón de júbilo, en hacimiento de gracias hizo promesa de servirle un año á Nuestra Señora en su casa: voto que cumplió fielmente con edificación de todos, llevando el hábito de ermitaño y siendo á la vez el más ardiente predicador del poder de María.

Juan de la Peña, niño de catorce años de edad, hijo de Juan y de Beatriz de Reina su esposa, vecinos de Vélez, habiendo quedado tullido de pies y manos é hinchádosele la cabeza, con un dolor agudo en todas las coyunturas de su cuerpo, el cual de ninguna manera podía mover, padecía tanto, que con sus gritos quebraba el corazón de sus afligidos padres. El inocente niño pedía constantemente que no le hicieran ni le dieran remedios, sino que lo llevaran á Chiquinquirá, que allí la Santísima Virgen lo curaría. Sus padres movidos,

como era natural, del tierno afecto hacia aquella inocente criatura, lo hicieron conducir á Chiquinquirá en una hamaca. Cuando ya el enfermo se acercaba al lugar santo de sus aspiraciones, su corazón palpitaba y su alma se regocijaba como presintiendo el dulce efecto de la presencia de María. Al entrar en la capilla, el doliente gritó: «Madre de Dios, Señora mía, dadme salud». Púsole Beatriz sobre un colchón en la capilla; y habiendo estado en ella cinco días haciendo sus ruegos á la Reina del cielo, en un momento de entusiasmo dijo á su madre que se quería levantar. Ella le respondió que se levantara si podía. Al punto se levantó y se puso en pie, como si nada hubiese tenido nunca, diciendo que quería danzar. La madre le dijo que danzase, y comenzó á danzar. Beatriz, llena de estupor, y al mismo tiempo profundamente emocionada, salió á la puerta de la capilla dando voces y gritos llamando á María Ramos y á la gente que por aquel tiempo había en los aposentos, para que fuesen testigos del prodigio que acababa de obrar la Madre de Dios. Ellos acudieron pronto á dar las gracias por tan singular beneficio; y estando postrados delante de la Virgen, repararon que tenía el rostro muy encendido. Á todos, entre el gozo y el temor que los sobrecogía, les causó grande admiración, principalmente á Beatriz, á quien invadió un copioso sudor que la hizo desmayarse. Cumplidos los votos y oraciones que habían ofrecido, regresaron á su casa; y Juanito iba muy gozoso dando carreras á su corcel, sirviendo de admiración y maravilla á los que diez días antes lo habían contemplado inmóvil como una estatua. Sucedió este hecho el año de 1587.

En el mismo año aconteció que Pedro Sánchez Claros, vecino de la villa de Leiva, tenía un hijo de edad de quince meses, al cual desde su nacimiento le manaba de un oído cierto humor tan pestilente, que ofendía

mucho el olfato de cuantos se le acercaban. Prometieron sus padres llevarlo á la casa de Nuestra Señora de Chiquinquirá; y al instante quedó curado del mal humor. Mas, habiendo pasado algunos días sin cumplir la promesa, se le hincharon los ojos de manera, que no los podía abrir. Conocieron entonces sus padres el error cometido; y renovando la promesa de llevarlo pronto á Chiquinquirá, ofrecieron regalar una estampa de papel (1) de las que tenían para vender, si le daba la salud á su hijo. Éste, luego que renovaron la promesa, abrió los ojos y quedó sano, habiendo estado por cuatro días con ellos cerrados. Entonces los agradecidos padres se apresuraron á llegarse á Chiquinquirá para dar gracias á tan insigne y cariñosa Bienhechora.

Francisco Sánchez, vecino de Vélez, tenía un hijo llamado Pedro, de ocho á nueve años de edad. Había éste nacido con una hernia enorme; y para colmo de desventura, se le formó además una grande inflamación encima de la vejiga, todo lo cual le causaba acerbísimos dolores y le hacía pasar triste y congojosa vida. Francisco, viendo que Beatriz, su hermana, había conseguido perfecta salud por la intercesión de la Virgen de Chiquinquirá, hizo también promesa de llevarlo á aquel Santuario. Cuando lo introdujeron en el templo, comenzó el niño á pedir á Nuestra Señora la salud; la cual oyó benignamente sus súplicas; pues súbitamente desapareció la inflamación, dejándole libre del dolor y de los otros males, con gran consuelo de su padre, el cual, después de dar rendidas gracias á la Virgen, no cesaba de pregonar el milagro. Fué esto el año de 1587.

Ahora relataremos dos milagros relativos á curacio-

(1) Debía ser la figura entera de alguna imagen pintada en papel, que en aquel tiempo sería acaso de estimación.

nes espirituales de almas adormecidas en el letargo de los vicios. El uno antiguo, que se encuentra en la historia del P. Tobar, y el otro contemporáneo y que se halla consignado en la revista *La Rosa del Cielo* con el epigrafe *Un pecador convertido*. Nos contentaremos con relatar no más prodigios, pues si quisiéramos recordar todos los que están escritos en los libros, ó se encuentran pintados en los claustros ó en las paredes del santuario, ó se conservan inéditos en el archivo del convento, necesitaríamos dedicarles un grueso volumen.

Catalina García, natural de la ciudad de Mariquita, muy celebrada por su hermosura, y á quien por ella llamaban el ángel de Gualy, por tener sus divertimientos y morada cerca del río que con nombre de Gualy pasa por dicha ciudad, vivía tan entregada á vicios y deleites nefandos y tan olvidada de procurar el bien y salvación de su alma, que no bastando los saludables consejos que le daban para que dejara sus torpezas y enmendara sus costumbres, la castigó Dios con una grave enfermedad, postrándola en cama, donde afligida y cercada de dolores, estando muy cercana á la muerte sin esperanza de vida, abrió los ojos de la consideración, atendiendo al mísero estado en que se hallaba; y acordándose de la Madre de Dios de Chiquinquirá, llamándola en su favor y amparo, la prometió de corazón, que si la alcanzaba la salud, enmendaría su vida é iría á emplearla en servicio suyo en la santa casa de Chiquinquirá. En acabando de hacer la promesa, se halló buena y sana, y levantándose de la cama, luego al punto comenzó á repartir sus joyas á las imágenes de las iglesias; y habiendo vendido sus vestidos y alhajas, distribuyó el dinero á los pobres reservando sólo el que fué necesario para hacer un humilde saco de jerga; y vistiéndoselo á raíz de las carnes, cual otra Magdalena, salió por la calle más pú-

blica de la ciudad; y cogiendo su camino á pie, llegó á Chiquinquirá, donde, derramando arroyos de lágrimas, nacidas de dolor de sus pecados, dió las gracias á la Sacratísima Virgen María por el beneficio que en cuerpo y en alma le había hecho; en reconocimiento de la cual se quedó en Chiquinquirá, haciendo grandes penitencias, en que permaneció quince años hasta que murió, dejando grandes ejemplos de virtud para edificación de los fieles.

«En los últimos días de Diciembre del año 1899, dice el P. Ruiz, se presentó en este lugar un hombre (cuyo nombre callo por un sagrado respeto), procedente de uno de los departamentos de esta República. Sus ojos estaban arrasados en lágrimas, y su semblante era el de un hombre que padece horribles amarguras. Partido el corazón, se acercó á un sacerdote de esta Comunidad, al cual hizo la relación siguiente, autorizándole para publicarla:

«Padre, soy un desgraciado; me hallo lejos de mi tierra; y mis penas son tan grandes, que no acierto á explicárselo; ayúdeme en esta congoja. Para que su Reverencia forme una idea del lastimoso estado de mi alma, voy á referirle mi vida desde mi juventud. En los primeros quince años de mi vida fui ejemplar al lado de mis padres, quienes me dieron una buena educación; pero la inclinación al mal, la fogosidad de mis pasiones y los malos amigos con quienes me relacioné, me condujeron á una vida depravada de malas amistades y pecados enormes. Á medida que crecía, las pasiones iban tomando también tal incremento, que llegaron á cegarme la mente de tal manera que, embriecido por la embriaguez, hábito ya como natural en mí, me entregué desordenadamente á toda suerte de vicios; y en mi insensatez llegué muchas veces á maldecir á Dios. La sensualidad que me dominaba

»me cegó tanto, que llegó á enloquecerme. Quise casarme muchas veces, y no pude; una fuerza irresistible me conducía al libertinaje. Viéndome tan perdido, apoderóse de mí tan terrible desesperación, que desconfiaba por completo de poder salvarme. Llegué á tal extremo, que el pecado para mí ya no era nada. Pero ¡oh Dios de bondad! En cierta ocasión, próximo á caer en un gran pecado, no sé qué sentí dentro de mi corazón. Levanté los ojos al cielo, y le pedí á Jesucristo que me salvara. Apenas acabé mi oración, sentí una gran confianza en Dios y un profundo dolor de mis pecados; entonces, al momento invoqué la protección de la Virgen de Chiquinquirá; prometí á Dios hacer penitencia de mis pecados y enmendarme de mi mala vida. En medio de la multitud de mis extravíos, nunca había abandonado la devoción de rezar el Rosario y de encomendarme á la Virgen de Chiquinquirá, devoción que mi madre me había enseñado desde mis primeros años. Debido al dolor que en aquella ocasión tuve de mis pecados, resolví venirme á Chiquinquirá, contra la voluntad de mis padres. Al efecto, caminé tres días; y por la distancia, los trabajos y las fatigas desistí, volviendo á mi primera vida. Allí, llevado, como de un imán, por el ardor insaciable de las pasiones, mis caídas fueron peores y mayores que antes. Cansado ya de una vida tan disoluta y manchada por todo género de vicios, mi desgracia llegó á tanto, que desesperado, resolví envenenarme. En más de cuatro ocasiones tomé veneno para morir, pensando poner término á mi desesperación; pero, nada, no morí. Viendo que no moría, me arrojé á un pozo profundo, á ver si allí encontraba la muerte; tampoco: salí ileso sin saber cómo. Maldiciendo la vida y desesperado, tomé un camino desconocido, y me arrojé de la altura de un peñasco enorme, cayendo á una

»profundidad espantosa. Cuando me creía muerto, me
 «levanté sano. Volví á casa de mis padres con la de-
 »terminación de irme á Roma ó á Chiquinquirá: ellos
 »me aconsejaron que á Chiquinquirá. Haciendo una gran
 »violencia á mis pasiones, resolví emprender el viaje,
 »rompiendo las cadenas que me ligaban y el amor de
 »mis padres que me amarraba. Hice el viaje para
 »Chiquinquirá de más de doce días. Mi primer cuidado
 »desde que llegué aquí, fué venir á ver á la Santísima
 «Virgen. Pero cuando yo esperaba tener algún consue-
 «lo viendo su imagen, no la vi. Hacía esfuerzos para
 »verla, y no lo conseguí: me restregaba los ojos, cam-
 »biaba de lugar, me pasaba donde todos la estaban
 »viendo, para verla, y todo era inútil: no la veía. Me
 »creí ciego, y casi me moría, comprendiendo en esto mi
 »indignidad, pues no podía ver á la Madre de Dios,
 »consuelo de los pobres pecadores. Así yendo y vinien-
 »do, se me pasaron quince días, sin que lograrse nunca
 »verla. Últimamente, por motivo de enfermedad y esca-
 »sez, me vi obligado á retirarme á un pueblo vecino con
 »la pena y desesperación de no haber visto á la Santísima
 »Virgen. Allí permanecí un mes; y pensando volver á mi
 »tierra, determiné pasar por Chiquinquirá á ver si podía
 »finalmente ver á María Santísima. Para esto le pro-
 »metí confesarme y cambiar de vida. Llegué á Chi-
 »ququirá; y mi primer cuidado fué volver á probar
 »si ya lograba verla. Y cuánto no fué mi asombro,
 »cuando al correr el velo, poniendo mis ojos donde
 »muchas veces los había puesto, la vi tan hermosa,
 »que no tengo palabras para explicarlo. Concebí tal
 »confianza, que me obligó á hacer una resolución
 »firme de confesarme y de no volver más á la anti-
 «gua cadena de maldades. Después que ya la vi, quería
 »confesarme, pero en vista de la enormidad de mis pe-
 »cados sentía extremada repugnancia para hacerlo; ya

»me avergonzaba, ya me parecía que no tendría perdón
 »un pecador tan grande como yo: el demonio no quería
 »que saliese de ese estado miserable. En esta amarga
 »lucha se pasaron más de seis meses, sin atreverme á
 »ir de los pies de la Virgen, ni tampoco á confesarme;
 »hasta que en la festividad de la Virgen, el 17 de Di-
 »ciembre, cuando bajaron la santa imagen, movido de
 »un nuevo impulso, no pude resistir, y resolví confe-
 »sarme. El consuelo que por esto experimenté no lo
 »puedo explicar, ni lo había sentido nunca.

»Padre mío, éste ha sido el principio de mi conver-
 »sión; beneficio que jamás podré agradecer bastante á
 »Nuestra Señora. Ahora lo que ruego encarecidamente
 »á su Reverencia, ya que me ha salvado, es que ore
 »mucho por mí; no sea que, después de alcanzado el
 »perdón de mis enormes pecados y habiéndome Nues-
 »tra Señora favorecido con tantas gracias, vaya yo á
 »caer de nuevo en los vicios. Porque, aunque ahora
 »tengo resolución de morir antes que pecar, sin embar-
 »go, como he sido tan malo, tal vez podré correspon-
 »der á Dios nuevamente con una negra ingratitude».

Pálido y sollozando con voz entrecortada decía esto, en tanto que con su pañuelo enjugaba las lágrimas que de sus ojos corrían, confesando que la profunda emoción que sentía, no le permitía aclarar más el prodigio.

Gloria sea dada á Dios y á su Santísima Madre, porque la oveja descarriada volvió al redil y no se perdió para siempre.

Oigan esto los que no creen en Dios ni en el poder de María, su Madre Santísima, y dicen que la devoción á ese lienzo es un idolátrico fanatismo, que lo han de quitar, que Dios no tiene providencia, y que cada cual puede vivir sin esperar el fruto de sus obras. Nosotros entre tanto nos alegraremos según aquello del Evangelio: «que habrá más gozo en el cielo por un pecador

que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia».

VI

EL CUADRO MILAGROSO

Don José Manuel Groot en su apreciable *Historia de Nueva Granada* con rectísimo criterio afirma que uno de los milagros más evidentes y palpables realizados en Chiquinquirá es la misma conservación del cuadro de la Santísima Virgen. Al ver intacta y con sus vivos colores una tela de algodón después de tres siglos, toda alma libre de prejuicios espontáneamente exclama: *el dedo de Dios está aquí*. Á los más rehacios en confesar lo sobrenatural se les puede exigir que expliquen de modo humano hecho tan singular. Para conocer la fuerza del argumento, forzoso es describir, aunque sea toscamente, el cuadro en la forma que ahora tiene. Está pintado al temple sobre un lienzo de algodón ó manta que tejan los indios, de 1 metro y 10 centímetros de alto por 1 metro y 24 centímetros de ancho. El cuadro tiene tres imágenes: la Virgen del Rosario en el centro, San Antonio de Padua á la derecha, y el apóstol San Andrés á la izquierda. La Virgen, que sobresale de todo el conjunto, tiene 1 metro y 4 centímetros de alto. En todo su aspecto revela la majestad de Reina y la ternura de Madre. El color de su rostro parece blanco de perla. Sus ojos entrecerrados miran con inefable dulzura á su precioso Hijo, que tiene en el brazo izquierdo en graciosa posición. Blanca toca cubre su cabeza y cae por los lados en bien sombreados dobleces para recogerse delante del pecho. En la mano derecha sostiene el cetro de soberana, y del dedo meñique de la izquierda cuelga un rosario, cuyas cuentas parecen corales. Viste túnica

de color rosado claro con sombras de carmín oscuro, y manto azul celeste que pende de los hombros y baja por los lados, recogiendo la punta del derecho debajo del brazo izquierdo. De aquí que algunos hayan dicho que su actitud es de viajera.

Sus pies virginales descansan en media luna con las puntas para arriba. El dulce Niño, que sostiene en los brazos, está envuelto desde la cintura para abajo con vestido de color casi blanco. De la mano izquierda suelta un rosario, y en el dedo índice de la derecha sustenta un pajarito de varios colores, atado por un cordelito de una de las patas y que parece reposa sobre el pecho de Nuestra Señora.

San Antonio, que está á la derecha de la Virgen y mide también como ella 1 metro, 4 centímetros de altura, aparece con hábito color azul, calada la capilla, el rostro devoto y penitente y los pies desnudos. En la mano derecha ostenta una palma verde, símbolo de su virginidad, y en la izquierda sostiene un libro cerrado donde se alza de pie un gracioso Niño Jesús sin vestido con el mundo en la mano.

San Andrés está á la izquierda con su venerable rostro vuelto á la Santísima Virgen y los ojos fijos en un libro abierto que apoya en la mano derecha. En el brazo izquierdo sostiene la cruz en aspa, signo de su martirio.

No deja de ser admirable que, visto el cuadro de frente y á cierta distancia, se perciban con toda claridad las figuras, de suerte que parecen de relieve y los colores resaltan con toda viveza; y subiendo al altar para ver más de cerca el portentoso lienzo, sólo se nota un género de sombras de colores muertos, que parece haber sido lavadas, y las facciones del rostro de la Madre de Dios apenas se distinguen confusamente. El P. Tobar afirma que hábiles y celebrados pintores